

Encopresis: Tío Rico Mc Pato y el uso del síntoma en el proceso analítico



MARIA CRISTINA MANTOVANINI¹

La Casa
era una casa muy graciosa
no tenía techo, no tenía nada.
Nadie podía entrar allí, no,
porque en la casa no había suelo.
Nadie podía dormir en hamaca
porque en la casa no había pared.
Nadie podía hacer pipí
porque orinal no había allí.
Pero fue hecha con gran esmero
en la calle de los Niños, número cero.

Vinicius de Moraes

INTRODUCCIÓN

Los padres de Luis me llamaron por dos quejas: él no lograba alfabetizarse y tenía un grave problema de constipación intestinal, por lo que a veces había que hospitalizarlo para lavajes. Cuando tenía deposiciones espontáneamente, se negaba a utilizar el inodoro, por lo que se ensuciaba los pantalones, hecho que, a medida que crecía (en el momento de esta entrevista Luis tenía cinco años y diez meses), causaba muchas angustias. Los padres también dijeron que ya había pasado por otros tratamientos terapéuticos, y nada resultó.

1 Miembro asociado de la Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de San Pablo (SBPSP).

Durante esta charla, la madre contó que ese problema de estreñimiento de su hijo era probablemente hereditario, pues el hermano de la madre y también un primo habían sufrido del mismo modo. Le pregunté si la dificultad ocurría desde que era bebé, y la madre me contó que este problema le apareció a Luis hacia los dos años de edad.

Me enteré de que en ese período nació su hermano menor.

LOS ENCUENTROS CON LUIS

Desde las primeras sesiones, Luis no demostró resistencia a estar conmigo en el consultorio. Inicialmente, de los materiales y juguetes ofrecidos, solo le interesaron aquellos sobre los cuales pudiera ejercer dominio y control, como, por ejemplo, dibujar figuras llenas de detalles y jugar con los juegos de armar y con juegos de tablero. Alternaba esos ratos con las idas al baño, en las cuales hacía caca de parado y en los pantalones.

Entonces noté que el baño debía ser incorporado al *setting* analítico, como los materiales que rechazaba a tocar en la sala, tales como arcilla, tinta, pegamento, pincel, potes, jabón líquido y cinta.

Nuestros encuentros pasaron a desarrollarse en dos etapas articuladas entre sí. Se iniciaban con una actividad estructurada, sobre la cual él tenía el control, como un juego de reglas, la lectura de una historia, la elaboración de una tarea de casa o un dibujo, y seguía hacia la que nosotros bautizamos «Laboratorio de La mugre».

En el primer momento, se presentaba de un modo evidente su lado mandón, y él se ponía muy irritado conmigo si yo no comprendía de inmediato alguna reacción suya. Ordenaba, exigía al grito de que le atendiera sus deseos, como un pequeño déspota. Prácticamente yo no tenía voz, mi papel era solamente obedecerle. Notaba cómo le hacía feliz mandonearme.

El segundo momento se iniciaba cuando él comunicaba que quería ir al baño. En ese momento, utilizaba el espacio del baño para realizar sus experiencias, que se constituían básicamente de hacer mezclas variadas de tinta, jabón líquido, arcilla y papel higiénico.

En una sesión, se quedó bastante entretenido pintando una pelota de hilo con una mezcla de tinta y jabón. Daba pinceladas largas de tinta de color indefinido hecha por él mismo de la mezcla de todos los colores

disponibles. Intentaba cubrir obstinadamente toda la pelota de hilo con la tinta, y no se rindió hasta que lo logró.

En la sesión siguiente, le encantó inventar un juego: agarró una pelota de hilo, pintada y seca. La lanzaba lejos e iba tirándola muy lentamente, revolcando el hilo enredado en la mezcla de tinta. Iba moviéndolo de tal manera que se produjo, en el suelo, una figura que se parecía a un intestino.

Este juego me intrigó. No me sentí cómoda (ya me había pasado en ocasiones anteriores) para hablarle sobre sus probables fantasías respecto a sus heces. Sentía sobre mis pláticas «psicoanalíticas» algo gracioso, las veía distantes de él y que de hecho no le llegaban. Fui notando que todo lo que buscaba era algo más tangible, más concreto, más de acuerdo a las condiciones y la libertad de pensamiento de un niño de su rango de edad, algo que complementara y nombrara sus fantasías.

¿Qué imaginaría sobre su interioridad corporal? Imbuida de esta cuestión, resolví mostrarle un libro sobre el cuerpo humano. Él se sentó en el suelo a mi lado y empezó a hojearlo como si supiera lo que quería encontrar. Cuando llegó al aparato digestivo, paró. Miraba las imágenes encantado. Le fui relatando de manera muy objetiva lo que era cada órgano y cuál era su función. Le dije cómo se sucedía el proceso digestivo, cómo se formaban las heces, para dónde iban, por dónde salían. Él, muy atento, hacía medidas con las manos, buscando entender las dimensiones de sus órganos. Seguimos la exploración del *Atlas del cuerpo humano* y llegamos al aparato reproductor masculino y femenino. Me preguntó, apuntando el útero, qué era aquello. Le dije que era una especie de bolsa donde los bebés se desarrollaban hasta nacer. Me preguntó por qué los hombres no tenían útero. Le dije que solamente las mujeres podían tener bebés en su panza.

Luis regresó entonces al capítulo sobre la digestión, lo miró nuevamente con mucha curiosidad, gimió y dijo que necesitaba ir al baño, pues aquellas imágenes le hacían doler la panza.

En la sesión siguiente añadí a su caja un nuevo atlas tridimensional sobre el cuerpo humano. Lo miró atentamente y lo tiró a un lado, diciendo que aquellas imágenes le provocaban cólicos.

Algunas sesiones se sucedieron siempre obedeciendo a la misma cadencia: control y expulsión, dominación y pasividad. Cierta día, trajo de

la escuela el contorno de un muñeco recortado donde necesitaba rellenar el dibujo. Animado, me comentó:

—Qué lástima que sea para la escuela, porque podía dibujar lo que está en el libro —apuntando al atlas.

Entonces, propuse que hiciéramos un contorno de su cuerpo con papel madera y que lo llenáramos de la manera que deseara.

Él se puso muy contento con la idea y pasó a darme órdenes para que confeccionáramos el muñeco de Luis.

—¡Así está mal! ¡Ese papel es muy pequeño! ¡Mira cómo soy grande! ¡Se pega un papel al otro! ¡Ahora sí, me quedo aquí!

Mientras yo dibujaba su contorno con un bolígrafo grueso, Luis soltó una carcajada, sentía cosquillas. Se estaba divirtiendo, por supuesto, con nuestro juego, de un modo tan relajado como yo no había visto antes. Cuando vio el resultado del dibujo de su contorno, se quedó en un primer momento decepcionado porque yo no había hecho una copia fiel.

—Mira la cabeza, está muy pequeña, y el pie está torcido, estoy horrible...

El nivel de relajación y distensión desapareció de su rostro, y volvió a manifestar un estado emocional característico en nuestras sesiones, en las que quedaba invariablemente insatisfecho con sus producciones y, por ello, arruinaba y se desinteresaba de nuestros juegos.

No obstante, no se dio por vencido para dibujar adentro del contorno del muñeco que creamos. Fue cortando lana y pegando el pelo. Le hizo los ojos con botones, la boca con lana roja. Cuando empezaba el dibujo de una ropa para el muñeco, se rindió y comenzó a rehacerlo todo detalladamente con pegamento blanco. Cuando terminó, miró el muñeco y expresó, en su tono habitualmente autoritario:

—No lo muevas, déjalo ahí del modo en que está hasta la otra vez que vuelva, ¿entendiste?

Cuando volvió a la sesión siguiente, encontró el muñeco de la manera que lo había dejado y observó de modo reticente. Se puso de rodillas a su lado y pasó los deditos por el contorno de adhesivo seco, atentamente. Sus dedos acompañaban al contorno, mostró una agitación dentro de la panza del muñeco y volvió rápidamente para la parte externa del dibujo, hecha con pegamento blanco. Se quedó con este juego, agitado, por unos minutos. Después, me miró con seguridad y me dijo que iba a desgarrarlo, que no lo quería más. No escuchó mis argumentaciones para dejar el dibujo intacto.

—En otro momento haremos otro, más bonito —susurró, como si quisiera calmarme.

Antes de que me manifestara, desgarró el papel frenéticamente. A continuación, me comunicó que iba al baño.

Tuve una sorpresa cuando me llamó para que lo ayudara con la higiene, puesto que, por primera vez, había defecado dentro del inodoro.

Festejé el hecho jugando con él y le dije que de ahí adelante no podía ser llamado «el niño que hace caca fuera del orinal». Le dije que así como el muñeco que habíamos hecho, él también tenía un contorno, un adentro y un afuera, y quién sabía si, de entonces en adelante, sería más fácil no esparcir su caca por todos lados.

Luis me miró con una sonrisa pilla, como diciendo «Veremos si así será» o «A ver qué pasará...».

Pasé el rato preguntándome qué significaba eso. ¿Las heces dejaron de esparcirse cuando Luis notó, concretamente, los contornos que separan el cuerpo interno del cuerpo externo? ¿Descubrir la interioridad, los órganos, el aparato reproductor le iba a permitir crear un nuevo destino para sus fantasías eróticas y sadomasoquistas?²

2 « En las reformas posteriores de los Tres ensayos sobre la teoría sexual [...], la fase anal aparece como [...] la primera fase en la que se constituye una polaridad actividad-pasividad: Freud hace coincidir la actividad con el sadismo, y la pasividad con el erotismo anal [...]. En 1924, K. Abraham propuso diferenciar dos fases dentro de la fase anal-sádica, distinguiendo en cada uno de los componentes dos tipos opuestos de comportamiento en relación con el objeto. En la primera, el erotismo anal va ligado a la evacuación, y la pulsión sádica a la destrucción del objeto; en la segunda fase, el erotismo anal va ligado a la retención, y la pulsión sádica al control posesivo» (Laplanche y Pontalis, p. 146).

Sin apuro por tener respuestas a tales cuestiones, seguimos nuestros encuentros entre las tareas de escuela, los juegos de memoria y los excrementos en el baño. Los últimos, además de ocupar cada vez más tiempo, fueron renombrados por él como el «Laboratorio del Dr. Loco». Los momentos de defecar empezaron a tomar una nueva forma, más organizada y más investigativa, y a exigir cada vez más participación mía.

Las heces en los pantalones se transformaron en algo del pasado. Surgió entonces un Luis obsesivo, el que no soportaba un error, que estipulaba un orden para todos los juegos, que se lavaba las manos hasta limpiar el último resquicio de tinta y a quien le encantaba oír las historias del Tío Rico, las cuales tengo la costumbre de contarle durante nuestras sesiones. A él le encantaban la caja fuerte y la piscina de dinero. Me dijo una vez que sería tan rico como el personaje, pues guardaba bien escondido todo el dinero que los adultos solían darle en una alcancía³.

Sus padres, satisfechos porque Luis no se ensuciaba más los pantalones, decretaron el fin del tratamiento de su hijo.

Para mí, el trabajo estaba apenas al inicio. Aplacado el síntoma tan exuberante, podíamos proceder de manera más cómoda al trabajo psicoanalítico propiamente dicho. Puro engaño, para la familia la terapia ya había cumplido su papel y de manera ejemplar. Las mejorías hicieron que alcanzara su cura.

Para el sentido común, hubo éxito, cura. Luis estaba adaptado socialmente. No sería más discriminado en aula, podría pasar todo el día en casa de un amiguito. No necesitaría más someterse a los terribles lavados intestinales. ¿Qué más podían desear esos padres? ¿Cómo convencerlos de lo contrario?

Y, entonces empezaron las vacaciones. Después de ellas, Luis no volvería más. Al despedirse, quiso llevarse de recuerdo las revistas del Tío Rico, que participaron activamente de nuestras sesiones. Además, ya la podía leer solo, pues se había alfabetizado.

N. del T.: La traducción y el número de página, tanto de esta cita como de la siguiente del mismo texto, corresponden a: Laplanche, J., & Pontalis, J.-B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1967).

3 «En el artículo *Carácter y erotismo anal* (*Charakter und Analerotik*, 1908), Freud relaciona ya ciertos rasgos de carácter que persisten en el adulto (la tríada: orden, avaricia, obstinación) con el erotismo anal del niño» (Laplanche y Pontalis, p. 146).

OTRA MIRADA ATRAVIESA EL AULA DE PSICOANÁLISIS: EL DOLOR DE (DES)CONOCER

por Maria Tereza Labate Mantovanini⁴

Porque en exceso de sabiduría hay mucho aburrimiento;
y el que crece en conocimiento crece en dolor.

Eclesiastés 1:18

Invitada por la psicoanalista a hacer algunos comentarios sobre el relato clínico anterior, me encontré con una primera dificultad: cualquier comentario parecería entrometerse en una relación íntima y personal que se estableció entre la analista y su paciente.

Superado este momento, algo me llamó la atención, tal vez por ser un tiempo único y tan obvio y tan paradójico. Una relación terapéutica que, al fin y al cabo, elimina un síntoma tan terrible no debería de dejar el tono de frustración que aparece al final del texto. La analista se siente frustrada en su función analítica: «Para mí, el trabajo estaba en el inicio apenas. Suprimido el síntoma, podíamos llevar de forma más adecuada el trabajo psicoanalítico propiamente dicho».

Esa frustración revela la propia esencia de nuestro trabajo. Desde las primeras formulaciones de Freud, al enlazar los síntomas, así como los actos fallidos y los sueños, las satisfacciones disfrazadas de deseos reprimidos, nuestro enfoque pasa a ser el reprimido y no el síntoma en sí mismo, este es un medio para que alcancemos aquel. También en los desarrollos psicoanalíticos posteriores, kleinianos y bionianos, los síntomas son señales de congoja, y no el problema en sí a ser tratado.

El campo de sesiones analíticas es nuestra ubicación y herramienta de trabajo, donde nos podemos fijar los estados afectivos que se establecen entre nosotros y cada paciente en particular. Nuestra observación no es

4 Miembro asociado de la Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de San Pablo (SBPSP).

ingenua ni está desprovista de metodología. Los afectos observados en el *setting* analítico son, a través de una interpretación, traducidos en términos de sentimientos y pensamientos conscientes, y comunicados al paciente.

Ante la situación clínica presentada, pude observar el establecimiento de un clima de gran intensidad emocional que permitió el desarrollo de un vínculo de afecto y conocimiento.

La analista actúa, según una referencia teórica freudiana, relacionando el síntoma y las características del niño, los aspectos de la etapa anal del desarrollo de la libido.

Sin embargo, en la búsqueda de una manera de comunicación más efectiva con su paciente, un niño de seis años, nota una relación afectiva/cognitiva que le trae dolor y necesidad de enterarse sobre el adentro y el afuera del cuerpo, sus límites y contornos.

En ese caso, observamos cómo, mediante una serie de preguntas llevadas adelante por el paciente y acompañadas por la sensibilidad de la analista, va siendo construida una noción de límite del propio cuerpo y dos trayectos dentro de él, noción probablemente necesaria para que se dé el control de los esfínteres, sobre todo el anal.

Podemos plantear la hipótesis de que esa noción venía siendo construida cuando ocurre el hecho, posiblemente traumático, del nacimiento de un hermanito. Las preguntas se interrumpen en parte, y el niño no sigue su aprendizaje. Cuando se restablece la posibilidad de investigar, con placer, las funciones corporales, el síntoma desaparece. Hablamos de una evolución, de una maduración emocional.

En los principios de la mente, afecto y conocimiento no se disocian, pero afecto es conocimiento. La encuesta investigativa sobre el cuerpo, su funcionamiento, sus límites y, por consiguiente, el desarrollo de las nociones de yo/otro, dentro/fuera, subjetividad/mundo externo va a ser interrumpida porque conocer, ver ciertas imágenes, provoca dolor. Dolor psíquico y dolor físico que, para una mente en formación, no se distinguen. ¿Qué duele cuando se investiga y se conoce? Pienso que faltan datos para un acercamiento más verdadero a esta cuestión. Sin embargo, hago una asociación: es muy frecuente la creencia de que conocer duele. ¿Qué duele en ese dolor? Me parece que la pérdida de la omnipotencia y de la omnisciencia, estados plenos en los inicios de la formación de la mente. ♦

RESUMEN

En ese trabajo una de las analistas presenta el relato del tratamiento de un niño de seis años *encoprético* y la otra discute ese material, siguiendo el modelo tradicional de presentación de trabajos clínicos en su sociedad de origen. En el caso relatado, cuando el síntoma desaparece, la analista cree que es el momento para profundizar aun más el trabajo. Sin embargo, los padres, satisfechos con la cura, declaran el *alta* y cesan el tratamiento. Ese hecho suscita algunas reflexiones con respecto al trabajo analítico, su alcance y sus límites.

Descriptores: ENCOPRESIS / MATERIAL CLÍNICO / TÉCNICA PSICOANALÍTICA EN NIÑOS / PSICOANÁLISIS DE NIÑOS

SUMMARY

This paper includes a clinical material, from one of the analysts, of the treatment of a six-year-old child who suffers from encopresis, and its discussion by the other analyst. The discussion of the material follows the protocol of presentation for clinical materials which is traditional in their Society of origin. In this case material, when the symptom of encopresis disappears, the analyst believes it is the time for deepening, even further, the work of analysis. However, the child's parents are satisfied with the cure, and *discharge* the child by putting an end to the treatment. This promotes a series of reflections on the nature of the analytic work performed, its reach and limits.

Keywords: ENCOPRESIS / CLINICAL MATERIAL / PSYCHOANALYTIC TECHNIQUE IN CHILDREN / PSYCHOANALYSIS OF CHILDREN

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1976). Caráter e erotismo anal. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 9). Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1908).
- (1976). História de uma neurose infantil. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 17). Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1918 [1914]).
- (1976). Notas sobre um caso de neurose obsessiva (O homem dos ratos). En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 10). Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1909).
- Imbasciati, A. (1998). *Afeto e representação: Para uma análise dos processos cognitivos*. San Pablo: Editora 34.
- Laplanche, J., y Pontalis, J.-B. (1999). *Vocabulário da psicanálise*. San Pablo: Martins Fontes. (Trabajo original publicado en 1967).